

# LA PRIMERA EDAD.

## SUMARIO.

Las Obras de misericordia. V. Dar posada al peregrino.—La princesa encantada.—Modas.—Explicacion del figurin iluminado que acompaña á este número.—El señor Buendía.—La Resignacion.—Santa Genoveva.—La muñeca de Ventura.—Solucion del geroglífico del número anterior.—Geroglífico.—Anuncios.

### LAS OBRAS DE MISERICORDIA (I).

V.

DAR POSADA AL PEREGRINO.

I.

Existe, queridos niños, en un rincón de España, en la bella Andalucía, una ciudad encantadora, situada á orillas de un río que vió en sus orillas sangrienta batalla que decidiera de la suerte de esta patria.

Que de esto hace luengos años, que esta ciudad que os he nombrado es el Puerto de Santa María, podríais tal vez suponer, si en edad tan tierna no os hallaseis vosotros, lectores queridos de LA PRIMERA EDAD.

Pero ya lo sabeis, porque yo os lo digo; ya que no podais gozar en esa tranquila poblacion de lar-

(1) Véanse los números de Abril, Mayo, Junio y Agosto.

gas carreras por su alegre campiña, de alegres paseos por sus hermosas alamedas.

En el Puerto, pues, en la misma ciudad donde nació el que esto escribe, aconteció el suceso que voy á referiros, si es que mi pobre plumo acierta á presentároslo tal cual hubo de suceder.

Oid, pues, niños queridos, oid la sencilla relacion que voy á contaros.

II.

Érase una noche terrible del mes de Diciembre, en que la lluvia caía á torrentes sobre la tierra, en que el viento azotaba fuertemente los cristales de una casita situada en las cercanías del Puerto, á la falda de la sierra de San Cristóbal.

Próxima á la carretera, hallábase aquella casita en paraje tan bello como encantadoras eran las vistas y magnífico el paisaje que desde allí podian divisarse. Figu-

Setiembre, 1873.—Núm. 8.

Ayuntamiento de Madrid

raos una extensa vega, por donde corre el Guadalete; figuraos en ella, como avanzado centinela del Puerto de Santa María, teniendo tras sí la bahía de Cádiz y esta hermosa ciudad; figuraos, por último, al Océano como límite en el horizonte, y podréis comprender cuán bello es el paisaje que desde la casita continuamente divisaban sus moradores.

En la noche á que me refiero hallábanse éstos sentados alrededor de una humilde mesa, en que humeaban algunos manjares destinados á la cena de aquella pobre familia.

Porque eran pobres, sí: sólo vivían del producto de sus afanes, empleados en las tierras que rodeaban la casita.

Sentados se hallaban, os digo, alrededor de modesta mesa, Pablo y su mujer, que se nombraba Consuelo; y José y María, que tales eran los nombres de sus dos hijos.

Al verlos, hubiera sido fácil distinguir en sus rostros seguras señales de un amargo pesar.

¿Cuál sería éste?

No sé, niños queridísimos, si lo habréis comprendido, aunque fue-  
ta más que difícil poder adivinarlo.

¿No es así?

Seguramente: yo os diré, pues, cuál era el motivo de la grave tristeza que embargaba á los moradores de la pobre casita situada á la falda de la sierra de San Cristóbal.

Pero no: vosotros vais á oír la conversacion que sostenían el bueno del tío Pablo, su mujer y sus hijos.

Oid, pues, niños queridos.

—No te aflijas, mujer,—decía el tío Pablo,—no llores por tu hijo. Las lágrimas no han de libertarle del servicio de las armas, que le ha cabido en suerte.

—Yo lo comprendo así, Pablo, pero no puedo ménos de llorar. ¿Cómo podré dejar partir al hijo de mis entrañas sin que mis lágrimas le acompañen?

—Será lo que quieras, Consuelo; pero para nada sirve el llorar: además, que la cena nos espera, y hay que hacer por la vida.

—La vida no es más que una carga pesada para la madre, que la daría por su hijo: yo no puedo conformarme á que José sea soldado.

—¿Y qué hacer?

—Buscar el dinero que sea necesario para librarle; hacerlo todo ántes que consentir en que sea militar.

—¿No comprendes que no podríamos pagar la suma que tomá-

ramos prestada y que se necesita para obtener su excepcion del servicio?

—Pues venderémos nuestras tierras; pediremos limosna, si es preciso.

—Vaya, eso no es más que un delirio de tu imaginacion: por desgracia no tenemos recursos. Si vendiéramos nuestras tierras no obtendríamos lo que necesitamos; de ese modo quedariamos en la miseria y sin poder entónces hacer nada por José.

—Tú no quieres á tu hijo, Pablo: por esto no encuentras medios de librarle.

—¿Que no le quiero?

—Sí; si le quisieras, encontrarías los medios que dices te faltan.

—No los hay, mujer; somos demasiado pobres para poder hacer lo que tú quieres.

—Vaya, mamá, dijo María terciando en la conversacion, resignese V. á lo que Dios quiera de nosotros.

—Dios, repitió la madre, ésa es mi única esperanza. Sí, hija mia, tengo en mi corazon la seguridad de que mi José no será soldado. Todos los dias se lo he pedido á la Virgen de los Milagros (1); yo

(1) Titular y patrona del Puerto de Santa Maria, en cuya iglesia prioral se venera la imagen milagrosa en que tanta fe tienen los portuenses.

estoy segura de que ella me ha de conceder á mi José. He llorado tanto, que mis lágrimas no habrán de ser inútiles.

—Dejémonos, dijo el tio Pablo, de lágrimas y quejas: nuestra cena se habrá enfriado, y no permito que permanezcamos más tiempo sin comerla. A cenar, pues. Tú, María, parte el pan y empecemos.

—Empecemos, dijo la madre; y tú, hija mia, obedece á tu padre.

Despues de estas palabras, todos se prepararon á empezar la cena: en el momento en que el padre iba á hacerlo, varios golpes, fuertemente dados á la puerta de la casita, detuvieron á todos.

—Llaman á la puerta, dijo el padre. ¿Quién podrá ser á estas horas!

Tras estas palabras los golpes volvieron á sonar, y entónces oyóse tambien una voz que claramente pedia proteccion.

—Dadme por Dios, decia, abrigo, techo donde acogerme: tened compasion de un viajero perdido en esta terrible noche.

—¿No ois, madre, dijo María al percibir claramente estas palabras, no ois cómo imploran nuestra ayuda?

—Sí, hija mia, pero es peligroso dar entrada en la casa á una persona no conocida. ¿No com-

prendes que pudiera hacernos mal?

—Dios nos manda hacer bien, dijo José: yo creo que debemos dar entrada al viajero.

En esto, los golpes sonaban de nuevo, y á la vez que un terrible relámpago iluminaba la casa y la campiña, la voz del caminante se dejó oír nuevamente.

—¿No habrá nadie en esta casa, decia, que tenga caridad de un caminante falto de todo auxilio en esta horrorosa noche?

—José, exclamó el tío Pablo al oír estas palabras, coge mi escopeta; vamos á abrir al que á nuestra caridad acude.

Y el tío Pablo y su hijo se dirigieron hácia la puerta, llevando el primero un antiguo candil en su mano, teniendo el segundo sobre su brazo una magnífica escopeta de caza.

Llegados á la puerta, y cuando hubieron preguntado quién llamaba y qué queria el que su auxilio imploraba, cuando obtuvieron por respuesta las mismas palabras que ántes habian oido, abrió el padre, no sin asegurarse ántes de que José tenia preparado el gatillo de su escopeta.

—Entrad, dijo el tío Pablo, si de paz venís: entráis en casa honrada: sed bien venido,

Momentos despues, la familia y el recién venido se encontraban sentados alrededor de la misma mesa en que ántes humeára la sabrosa cena. Ésta se encontraba otra vez sobre aquélla, nuevamente calentada por la hacendosa esposa del tío Pablo.

Pasados algunos momentos, la conversacion y el comer se habian generalizado; todos cenaban, todos hablaban.

### III.

—Consuelo, dijo el tío Pablo despues de cenar; vé con tu hija y prepara habitacion al huésped, que seguramente necesita descanso; nosotros tambien le necesitamos, si hemos de ir mañana temprano al Puerto; ya sabes que mañana debe ingresar en caja tu hijo.

—¿Cómo! interrumpió el viajero; ¿su hijo de V. es soldado?

—Sí, por desgracia, señor; tócole en suerte el número 17, y fué declarado soldado. No podemos librarlo, segun dice su padre, aunque yo no lo creo; pues, por mi parte, daria hasta mi existencia por librar á mi José.

—Tú, mujer, dijo el padre, siempre igual; si fuera posible salvar á nuestro hijo, ¿crees que habia de dejarle partir? Pero no

hay más remedio, me serian necesarios más de tres mil reales para librar á José; con ellos y lo que podria reunir, me bastaria.

—Y ¿por suma tan corta, dijo el huésped, sois desgraciados?

—Esa suma no es corta para nosotros, que somos pobres.

—Debeis consolaros; de aquí á mañana tal vez halleis medio de librar á vuestro hijo.

—¡Ah, señor! no deis esperanzas á su madre, que os oye; sufre tanto, que el recobrarla y perderla de nuevo sería terrible para ella.

—¿Lo ves, Pablo, dijo Consuelo, lo ves cómo todos creen posible salvar á José?

—Todos, ménos yo; porque yo solo conozco mi verdadera posicion.

—Tened, sin embargo, esperanza, señor Pablo, dijo el viajero; tal vez mañana puedan variar las cosas.

—Perdida la tengo; los pobres tienen, entre otras muchas desgracias, la de sufrir que les arranquen sus hijos. Pero es en vano hablar de esto; tú, mujer, prepara la cama al señor; se hace demasiado tarde.

La buena mujer salió con su hija á cumplir los deseos de su marido; éste y José quedaron conversando con el huésped.

La conversacion volvió pronto sobre el mismo tema; en los corazones de aquellos campesinos no existia más que el sentimiento de la partida del quinto.

Pasado largo rato, y preparadas las habitaciones del viajero, José acompañó á éste al cuarto que le habian destinado. Naturalmente expansivo, no pudo ménos el jóven de preguntar sobre su nuevo porvenir á aquel desconocido, que parecia querer hacer nacer en su alma la esperanza perdida de libertad.

Porque José habia notado cómo habia repetido el caminante la idea de que aún podia verse libre, y esto no podia ménos de tenerle inquieto, en la natural alternativa que la duda produce.

El viajero mostróse reservado; no obstante, al despedirse del jóven, le dijo estas palabras:

—Mañana es el dia fatal, ¿no es verdad?

—Sí, mañana.

—Entónces, todavía no ha desaparecido la última esperanza.

La repeticion de estas palabras, el afan de aquel desconocido por infundir esperanzas, que parecian irrealizables, podian, sin duda, corresponder á algun plan.

¿Existiria éste?

¿Llegaría José á verse libre del servicio de las armas?

Estas ideas agitaban al jóven, que durmió aquella noche intranquilo sueño; la esperanza de verse libre, de no separarse del lado de sus padres, no se separaba un momento de su imaginacion.

Y cuidadoso, levantóse muy temprano, cuando las luces de la aurora apénas aparecian en el horizonte, porque el viajero habíale encargado le despertase á aquella hora, para emprender de nuevo su marcha.

Ligeramente vestido, se dirigió José al cuarto del huésped, y como para ello debía pasar por delante de la puerta de la casa, pudo ver que ésta no parecia estar perfectamente cerrada. Una sospecha terrible cruzó por su mente; el viajero habia partido, tal vez despues de cometer algun robo en la casa.

¿Sería esto posible?

Con la velocidad del rayo abanzóse á la puerta, y cuando hubo cerciorado de que, en efecto, estaba abierta, corrió veloz al cuarto del huésped.

Ninguna señal notábase que pudiera acrecentar las sospechas de José; todo parecia en su puesto, todo cual él lo habia visto la noche anterior.

Entre tanto, el dia aparecia, y una ténue claridad permitia distinguir los objetos; José pudo ver sobre una mesa una bolsa que, sin duda, contenia dinero, y que se encontraba sobre un papel escrito.

José estaba dominado por las circunstancias; parecia vivir en aquellos momentos bajo la presion que en él ejercia cuanto le rodeaba.

Tomó el papel, y asomándose á una ventana, pudo leerlo ya distintamente; los primeros rayos del sol aparecian por el Oriente.

¿Qué decia aquel papel?

Hélo aquí, queridos niños:

«Hay una virtud sublime, que existe para alivio de los que padecen: la caridad. Yo he sido pobre, y entónces tuve la desgracia que á vosotros os aqueja; mi hijo fué soldado, murió en la guerra. Hoy soy rico, la fortuna me ha favorecido, pero no me ha devuelto al hijo que perdí; no quiera Dios que podais llorar mañana, como yo he llorado, la muerte de vuestro hijo. He llamado á vuestra puerta, me habeis dado acogida en vuestra casa; habeis cumplido conmigo una de las obras de misericordia. Peregrino llegué á vuestra casa, y me acogisteis; bendita sea la caridad, que hace dar po-

sada al peregrino. Soy rico, y puedo daros para librar al soldado; sea éste el pago de vuestra caridad. No me debeis nada, Dios manda hacer bien; si vosotros lo hicisteis por mí, yo lo hago por vosotros.»

José, al leer las últimas palabras, dió un grito, y dos palabras salieron únicamente de sus labios.

— ¡Padre! ¡Madre!

Entonces volvió el rostro hacia la campiña, y desde la ventana en que se hallaba pudo ver al viajero, que desde lejos se despedía. Sin duda habia esperado en las cercanías de la casa el desenlace de la escena que habia preparado.

José salió gritando de la casa, queria alcanzar á su desconocido protector; ya era tarde, pues habia desaparecido.

Cuando volvió, cansado de correr, sus padres y su hermana le esperaban, alarmados por sus gritos y repentina salida.

Bien pronto estuvieron al corriente de todo, bien pronto vieron que la cantidad que contenia la bolsa era precisamente lo necesario para librar al jóven.

No puedo yo, queridos y pequeños lectores de LA PRIMERA EDAD, describiros la alegría de aquellas buenas gentes; básteme solamente

deciros que José siguió al lado de sus padres, libre para siempre del servicio de las armas.

Hoy han transcurrido bastantes años desde aquel suceso, y aunque el tío Pablo y su mujer han muerto, vive José en la misma casita, labrando las mismas tierras y otras que ha comprado.

Es feliz y vive contento, recordando siempre el suceso que os he contado, y que he oido de sus labios muchas veces.

Nunca me cansa oírle contar lo que tantas veces me ha referido; quiera Dios que no os cansé á vosotros la lectura de esta historietita.

José cumple un compromiso que se ha impuesto; en su casa tienen albergue todos los caminantes, pues dice, con razon, que es para él obligacion sagrada dar posada al peregrino.

¿Y el viajero? me diréis.

Nunca volvió á tener de él noticia alguna.

E. THUILLIER.

## LA PRINCESA ENCANTADA.

Eran un Rey y una Reina, los cuales estaban tan tristes por no tener hijos, tan tristes, que daba compasion verlos.

Para encontrar remedio á este mal hicieron todo género de votos y peregrinaciones; pero su afan era inútil.

Por último, y cuando ménos se podia esperar, la Reina dió á luz una hija.

En el bautismo echaron, como suele decirse, la casa por la ventana, y buscaron para madrinas de la Princesa á todas las hadas que se encontraban en el país, las cuales eran siete, á fin de que cada una de ellas le hiciese un regalo, como era costumbre en aquellos tiempos, y de este modo la Princesa pudiera reunir cuantas perfecciones son imaginables.

Terminada la ceremonia del bautismo, los convidados volvieron al palacio del Rey, donde se habia dispuesto un gran banquete para las hadas.

En el lugar destinado á cada una de ellas colocaron un magnífico cubierto metido dentro de un precioso estuche de oro macizo, y que se componia de una cuchara, un tenedor y un cuchillo de oro puro y guarnecidos de diamantes y rubies.

Mas en el punto en que cada cual iba á ocupar su sitio se vió entrar por la puerta del salon á una hada muy vieja, á la cual no habian conocido porque hacía más de medio siglo que no salia de una torre, en cuyo fondo se la creia encantada ó muerta.

El Rey mandó que la pusiesen un cubierto; pero no hubo forma de encontrar un estuche de oro

macizo como el de las otras, porque no se habian mandado hacer más que siete para las siete hadas. La vieja creyó que no se lo daban por menosprecio que hacian de su persona, y refunfuñó algunas amenazas entre dientes.

Una de las hadas jóvenes que estaban á su lado la oyó, y creyendo que la vieja podria hacer á la Princesa algun dón funesto, apenas se levantaron los manteles corrió á esconderse detras de un tapiz con objeto de hablar la última, y reparar, en cuanto fuera posible, el mal que la vieja pudiera causarle. Las hadas comenzaron á hacer sus pronósticos á la Princesa: la más jóven le dijo que sería la mujer más bonita del mundo. La que le siguió en turno, que tendría tanto entendimiento como un ángel; la tercera, que su gracia cautivaria todos los corazones; la cuarta, que bailaria mejor que una peonza; la quinta, que cantaria como un ruiseñor, y la sexta que tocaria todo género de instrumentos músicos como una maestra consumada.

Cuando llegó su turno á la hada vieja se acercó, y temblándole la barbilla más de cólera que de vejez, dijo que la Princesa se heriria la mano con un huso, y que aquella herida le ocasionaria la muerte. Al oír este funesto augurio todos los presentes rompieron á llorar.

Pero en el mismo instante la hada jóven salió de detras del tapiz, y dijo en alta voz estas pala-

bras, dirigiéndose al Rey y á la Reina :

—Tranquilizaos, señores; vuestra hija no morirá. Cierto es que no tengo poder bastante para deshacer lo que mi compañera ha

El padre quedó algo más tranquilo con estas palabras; pero á fin de evitar, en cuanto estuviese de su parte, la desgracia predicha por la vieja, mandó publicar un bando prohibiendo hilar con husos,



Quando llegó su turno á la hada vieja..... (Pág. 8.)

hecho : la princesa se herirá efectivamente la mano con un huso; pero en vez de morir, caerá en un profundo sueño que durará cien años, al cabo de los cuales vendrá á despertarla el hijo de un Rey.

ó tener husos en las casas, bajo pena de la vida.

No obstante, al cabo de quince ó diez y seis años, habiendo ido el Rey y la Reina á una de sus casas de recreo, sucedió que andando la

Princesita corriendo y registrando todos los rincones del castillo, llegó á lo más alto de una de las torres, donde vió dentro de un cuchitril que allí habia á una pobre vieja que se ocupaba en hilar en la rueca. La buena mujer, que hacia muchos años no salia de aquella especie de nido de golondrinas, no habia oido hablar palabra del bando del Rey prohibiendo hilar con huso.

—¿Qué haceis ahí, buena mujer? le dijo la Princesa.

—Estoy hilando, hija mia, le respondió la vieja, sin saber con quién hablaba.

—¡Ay! ¡Qué bonito es esto! repuso la Princesa. Y, ¿cómo haceis para hilar? ¡Á ver, á ver si yo tambien puedo hacerlo!

Y esto diciendo cogió el huso; pero no bien lo hubo cogido cuando, sea porque era demasiado aturdida y viva, sea porque el mandato de las hadas lo habia dispuesto de este modo, se hirió la mano con el hierro, y cayó desmayada.

Al verla caer, la pobre vieja, llena de susto, comenzó á dar voces pidiendo socorro, y la gente acudió de todas partes: unos rocían con agua el rostro de la Princesa, otros la aflojan el corsé, éstos le dan golpecitos en la palma de la mano, aquéllos le frotan las sienes con agua de Colonia; pero todo en balde, la Princesa no volvía en sí.

El Rey, que habia acudido á las voces, se acordó de la prediccion de las hadas, y comprendiendo que aquello era inevitable, mandó

colocar á la Princesa en la más suntuosa de las habitaciones del palacio sobre una cama bordada de plata y oro.

Estaba tan hermosa, que parecia un ángel. El desmayo no habia robado el color á sus mejillas ni á sus labios, que semejabán corales. Tenía los ojos cerrados; pero su respiracion era tan dulce, tan igual y armoniosa, que desde luego se dejaba ver que sólo estaba dormida. El Rey mandó que la dejaran reposar tranquilamente hasta que sonára la hora de despertarse.

La hada que habia salvado la vida á la Princesa, condenándola á dormir durante cien años, se encontraba en el imperio de Mataquin, distante unas doce mil leguas, cuando tuvo lugar aquel desgraciado accidente; pero le avisó al instante un enano que tenía unas botas, con las cuales á cada paso se andaban siete leguas.

Advertida la hada se puso al momento en camino, y al cabo de muy poco se la vió llegar en un carro de fuego tirado por dos dragones. El Rey salió á su encuentro y la dió la mano para bajar del coche. La hada aprobó cuanto se habia hecho; pero como era muy previsora, comprendió que cuando la princesa volviese en sí se encontraría apurada, completamente sola en aquel antiguo castillo, y hé aquí lo que hizo para remediar este inconveniente.

Con la varita mágica que traía fué tocando á cuantos se encontra-

ban en el castillo, excepto el Rey y la Reina; tocó á las ayas, á las damas de honor, á las camaristas, á los gentiles-hombres, altos dignatarios, maestros de ceremonias, mayordomos, ugieres, cocineros, marmitones, galopines, guardias, suizos, pajes y criados de escalera abajo; tocó, asimismo, á los caballos que se encontraban en las cuerdas y á sus palafreneros, á los enormes mastines que custodiaban los patios y á la perrita de la Princesa, que se llamaba *Kety*, y que se habia acostado en la alfombra al pié de la cama de su dueña.

A medida que los iba tocando, todos se quedaban dormidos para despertar al mismo tiempo que su señora, y poderla acompañar y servir cuando tuviese necesidad de ello.

El Rey y la Reina, despues de haber dado un último beso á su querida hija, salieron del castillo y mandaron publicar un bando, prohibiendo á las gentes que se acercáran á aquel lugar.

La prohibicion no era necesaria, porque un cuarto de hora despues creció alrededor del parque tal cantidad de árboles grandes y pequeños, espinos y zarzas, de tal modo entrelazados, que no era posible que pasára nadie á traves de ellos.

Al cabo de cien años, el hijo del Rey que reinaba entónces, que pertenecía á otra familia que la de la Princesa encantada, fué á cazar por aquellos contornos y preguntó qué torres eran las que veia aso-

mar por cima de las copas de los árboles de un bosque muy espeso. Cada cual le respondió con arreglo á lo que habia oido decir. Unos le dijeron que era un antiguo castillo en el cual se aparecian fantasmas; otros que todas las brujas de la comarca se reunian allí para celebrar el sábado.

El Príncipe dudaba no sabiendo á cuál de estas versiones atenerse, cuando un aldeano ya viejo tomó la palabra y dijo:

—Príncipe mio, hace más de cincuenta años que oí decir á mi padre que en ese castillo estaba la más hermosa princesa del mundo, condenada á dormir cien años hasta que la despertase el hijo de un Rey, del que habia de ser esposa.

El Príncipe se sintió entusiasmado al oír estas palabras, y creyendo que él era el llamado á poner término á aquella aventura, inspirado por el amor y el deseo de la gloria, resolvió acometerla.

Apénas se adelantó en direccion al bosque, los árboles añosos y retorcidos, las malezas y las zarzas se apartaron como movidas de un impulso invisible para dejarle paso. El Príncipe se dirigió hácia el castillo, que se distinguía al fin de una gran alameda; pero al volver la cara atras se sorprendió y no poco, viendo que ninguno de los de su acompañamiento le habia seguido, pues los árboles y las malezas habian vuelto á aproximarse despues de dejarle paso. No por esto dejó de continuar su camino. Un

Príncipe joven y enamorado es siempre valiente.

Después de andar algún tiempo,

más atrevido. En derredor reinaba un silencio profundo; la imagen de la muerte se representaba por



Entra en la sala de los guardias..... (Pág. 15.)

entró en un gran patio, donde todo lo que se presentó á sus ojos era bastante á helar de miedo el ánimo

todas partes, y sólo se veían por aquí y por allá cuerpos de hombres y animales tendidos é inertes. Pe-

netra más adelante, atraviesa un segundo patio embaldosado de mármol, sube por la escalera y entra en la sala de los guardias, que estaban aún en fila con los mosquetes al hombro, apoyados contra el muro, dormidos y roncando como sochantres. Atraviesa una porción de antecámaras llenas de gentiles-hombres y damas de honor, los cuales también dormían unos de pié y otros sentados; por último, entró en un aposento todo dorado, y allí, sobre una cama riquísima, cuyos cortinajes de raso y terciopelo estaban descorridos, se ofreció á sus ojos el espectáculo más maravilloso que había podido contemplar en su vida: una Princesa, que á lo más podría tener quince ó diez y seis años, y cuya resplandeciente belleza tenía algo de luminoso y divino.

El Príncipe, admirado y suspenso, cayó de rodillas junto á ella, y en aquel punto, como había llegado al fin del encanto, la Princesa se despertó de su sueño de un siglo, y mirándole con ojos asombrados, pero llenos de inocencia y de ternura, exclamó:

—¿Sois vos, señor Príncipe?  
¿Cuánto tiempo os he estado aguardando!

El Príncipe, lleno de gozo, al oír estas palabras, muy particularmente por el dulce acento con que habían sido dichas, no sabía cómo expresar su gratitud y su satisfacción, limitándose á jurarle que la amaba más que á sí propio. Sus razonamientos fueron desor-

denados é incoherentes; pero así agradaron más. Él estaba más atolondrado que ella, lo cual fácilmente se comprende, pues la primera había tenido tiempo de sobra para pensar lo que había de decirle, toda vez que hay quien afirma, aunque la historia no lo dice, que la hada le había predicho todo lo que había de suceder.

En fin, cuatro horas hacia ya que estaba charlando hasta por los codos, y aún no se habían dicho la mitad de lo que tenían que decirse.

En este tiempo toda la gente del palacio se había despertado, pensando cada cual en seguir en el desempeño de sus ordinarias tareas, y como no todos estaban enamorados, comenzaban á sentir un más que mediano apetito. La dama de honor, que no era la que ménos necesidad sentía, impaciente por el hambre, dijo en alta voz á la Princesa que estaban á punto de servir la sopa.

El Príncipe ayudó á la Princesa á levantarse, toda vez que ésta se encontraba ya vestida, y magníficamente, aunque á la moda antigua. Entraron juntos en el gran salon de los espejos, donde los gentiles-hombres les sirvieron una gran comida, durante la cual los músicos tocaron diversas sonatas que hacia un siglo que no se tocaban, pero que eran muy preciosas, y terminada la comida el primer limosnero de palacio los casó en la capilla del castillo, conduciéndolos á su estancia la dama de honor y el gran chambelan.

El Príncipe se levantó al otro día | su tardanza. De vuelta al palacio  
muy de mañana para volver á la | le dijo al Rey que persiguiendo



El Príncipe, admirado y suspensó.... (Pág. 13.)

ciudad, donde su padre debía estar | una res se había perdido en el  
aguardándole, ya cuidadoso por | bosque, viéndose precisado á dor-

mir en la choza de un carbonero, que le dió de cenar pan y queso. Su padre, que era un pobre hombre, lo creyó todo al pié de la letra; pero la madre no se quedó muy convencida, de modo que notando su creciente afición á la caza, y que siempre encontraba alguna excusa para quedarse fuera del palacio, se confirmó en la idea de que habia misterio.

En esta forma vivió con la Princesa dos años enteros y tuvo de ella dos hijos, al primero de los cuales, que fué niña, se le puso por nombre *Aurora*, y al segundo, que fué niño, *Febo*, porque parecia aún más hermoso que su hermana.

En más de una ocasion la Reina trató de arrancar su secreto al Príncipe; pero éste no se fiaba de ella, á quien amaba y temia á la vez, sabiendo que era de raza de ogros, y que el Rey, su padre, la habia tomado por esposa movido más por sus grandes bienes que por sus bellas cualidades.

Es más: en la córte se decia, aunque con mucho secreto, que dejaba traslucir las mismas inclinaciones que los ogros, y que tenia que hacer grandes esfuerzos cuando veia pasar un niño para no arrojarse sobre él y devorarlo.

Estas razones eran más que bastantes para explicar la discrecion del Príncipe.

Mas llegado el caso de la muerte del Rey, que tuvo lugar á los dos años, viéndose elevado al trono, anunció públicamente su matrimonio y fué con gran séquito y cere-

monia á buscar á la Reina, su esposa, para traerla al palacio, al que vino acompañada de sus hijos y donde tuvo un magnífico recibimiento.

Algun tiempo despues el rey movió guerra al emperador Cantalabute, su vecino, y partió al frente de su ejército, dejando encomendada la regencia de sus Estados á la Reina madre, á la cual dejó recomendado muy principalmente el cuidado de su mujer y sus hijos.

El Rey debia permanecer en la frontera todo el verano, y la reina madre, apénas su hijo volvió la espalda, envió á su nuera en compañía de sus dos hijos á una casa de campo medio oculta en los bosques, sin duda con el fin de satisfacer más fácilmente su horrible deseo.

A los pocos dias la Reina viuda fué á la casa de campo, y por la noche llamó al jefe de cocina y le dijo:

—Mañana quiero almorzarme á Aurorita.

—¡Señora! exclamó el jefe de cocina espantado.

—No hay señora que valga, replicó la Reina; he dicho que quiero y chiton.

El cocinero bajó la cabeza y la Reina añadió como relamiéndose de antemano el hocico:

—Y quiero que me la sirvas con salsa verde.

El pobre hombre, conociendo que no se podia andar en bromas con la nieta de un ogro, cogió el

mayor y más afilado de sus cuchillos de cocina y subió al aposento de Aurora. La pobrecita niña tendría próximamente uos cuatro

manos y se fué derecho al corral, donde en lugar de la niña mató un corderillo, aderezándolo con una salsa tan bien hecha y sabrosa



Mañana quiero almorzarme á Aurorita. (Pág. 15.)

años, y vino saltando y corriendo á abrazarle pidiéndole confites. Al cocinero se le saltaron las lágrimas, se le cayó el cuchillo de las

que la Reina madre se chupó lo dedos de gusto.

Para disimular mejor el engaño, el cocinero se llevó á Aurorita á su



Ad. Goubaud & Fils Edit. Paris



LA PRIMERA EDAD - NIÑEZ ILUSTRADA

MADRID - Administración de los Niños.



casa, encargando á su mujer que la escondiese en un aposento que tenía en el corral.

A los ocho días la pícara de la Reina le dijo al jefe de cocina :

tenía tres años apénas, y en aquel momento se entretenía en jugar al florete con un mono. Se lo llevó á su mujer, que lo escondió en el mismo sitio que Aurorita, sirvién-



Num. 1.

—Hoy tengo gana de comerme á Febo.

El jefe de cocina, resuelto á engañarla como la otra vez, ni siquiera despegó sus labios.

Se fué á buscar á Febo, el cual

dole á la nieta del ogro un cabritillo, que, gracias al aderezo, le supo perfectamente.

Hasta aquí todo había ido bien, pero una noche la pícara de la Reina le dijo al jefe de cocina:

— Me quiero cenar á la Reina con la misma salsa que á sus hijos.

El pobre cocinero se quedó aterrado, porque ya no era fácil seguir el engaño adelante. La Reina, aunque jóven, tenía lo ménos veinte años, sin contar los ciento que habia dormido; su piel, aunque hermosa y blanca, era ya bastante dura, y no parecia posible encontrar un animal que reuniese la apariencia y las condiciones necesarias. En este apuro, el cocinero se resolvió, para salvar su vida, acabar con la de la Reina, y con esta intencion se encaminó á su cámara. Sacando fuerzas de flaqueza entró con el cuchillo en la mano, pero no queriendo sorprender á la inocente víctima, le dió parte en los términos más respetuosos de la órden que le habia dado su suegra.

— No vaciles, exclamó arrodillándose y tendiendo el cuello, cumple la órden que te han dado. Así iré más pronto á reunirme con mis pobres hijos, á quienes tanto queria!

— ¡ De ningun modo! exclamó el pobre cocinero llorando lágrimas como puños; no moriréis y veréis á vuestros hijos, que los tengo ocultos en mi casa. Me juego la cabeza en el lance, pero no importa; yo buscaré medio de engañar á vuestra suegra guisándole una corza.

Esto dicho, llevó á la Reina á su cuarto, donde pudo abrazar á sus hijos, besarlos y llorar con ellos, miéntras él se fué á guisar la corza,

que le supo á gloria á la nieta del ogro, la cual, satisfecha de su crueldad, pensaba ocultarla diciéndo que unos lobos rabiosos se habian comido á su nuera y á sus nietos.

Sin embargo, una tarde, que segun tenia por costumbre, andaba dando vueltas por el corral del palacio á ver si olfateaba alguna carne fresca, oyó llorar en una de las habitaciones contiguas á la de Febo, al cual queria dar azotes su madre porque habia hecho una diablura. Al mismo tiempo oyó la voz de Aurorita que intercedia por su hermano.

La nieta del ogro reconoció la voz de la Reina y de sus hijos, y furiosa al comprender que la habian engañado, al dia siguiente por la mañana, con voz terrible, que estremeció á todo el mundo, mandó que trajesen al patio una gran cuba, en la que mandó echar viboras, sapos, culebras y serpientes, con objeto de meter con todos estos animaluchos á la Reina con sus hijos, el cocinero, su mujer y su criada, á los cuales habia mandado traer al lugar del suplicio con las manos atadas á la espalda.

Ya estaban todos allí, y los verdugos se preparaban á la horrible ejecucion, cuando aquel á quien nadie aguardaba entró á caballo por las puertas del castillo.

Acababa de llegar por la posta, y sus primeras palabras fueron para preguntar qué significaba aquel espantoso aparato. Nadie se atrevia á contestarle; pero la nieta

del ogro, llena de ira al verse descubierta, se arrojó por sí misma de cabeza en la cuba, donde en un dos por tres la hubieran devorado las asquerosas alimañas que habían metido en su fondo, si el Rey, como era buen hijo, no la hubiese sacado de allí, deseoso de convertirla al bien, haciéndola perder sus feroces instintos. Y así sucedió afortunadamente.

## MODAS.

### Explicacion del grabado núm. 1.

Sombrero de paja blanca adornado por la parte de atras con lazadas de terciopelo negro y de faya amarilla; á un lado grupo de camelias amarillas, blancas y azules. Un vies de terciopelo negro y una espiga amarilla adornan la diadema. La copa la rodea una cinta de terciopelo negra, enlazada con otra amarilla. Bidas de tul negro con encaje, sujetas con un lazo de terciopelo y faya.

### Explicacion del grabado núm. 2.

El pelo rizado por delante en menudas ondas, echado sobre la frente y levantado por los lados; el pelo de detras muy alto y en trenzas de espiga, colocado formando grandes lazadas. Un hilo de perlas lo sujeta por delante y cae sobre las ondas. Sobre las trenzas, lazadas de cinta de granadina rosa

y blanca, con caidas adornadas con un fleco ó encaje blanco.

### Explicacion del grabado núm. 3.

1. Niña de seis á ocho años. Traje de cachemir gris con una sola falda guarnecida con dos galones de pasamanería y lazos de cinta á los lados. Un volantito fruncido adorna la túnica. Cuerpo en forma de chaleco por delante, y de forma amazona por detras. Sombrero de paja inglesa con los bordes vueltos y ribeteados de terciopelo. Botitas de seda y cabritilla.

2. Niña de ocho á diez años. Falda guarnecida de un volante picado, y por encima del volante un vies, y túnica con picos, con puff detras. Sombrero español con plumas al lado y lazos de cinta detras. Botitas de seda y piel mate.

3. Niña de doce á catorce años. Traje de tela cruda adornado, una banda de nansuk festoneada, cruzada por delante y abotonada al lado. La falda en picos por abajo, y con un vies sobre las bandas festoneadas, fichú plegado en el interior del cuerpo, con escote cuadrado. Sombrero á la marinera, de paja belga, con lazos de cinta y flores.

4. Niño de cinco á nueve años. Traje de seda azul, compuesto de un pantalon corto, de una faja de cachemir azul y de una blusita. Cuello á la marinera, de tela blanca con adorno azul. Sombrero ma-

rinero de paja negra, adornado de una cinta azul y botas de cabritilla.

5. Niño de nueve á doce años. Traje de hilo gris. Pantalón corto en picos por abajo con botones y ribete negro. Chaleco con bolsillos

### EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

1. Niña de 8 á 9 años. Falda de sedalina verde; túnica de chali blanca, adornada con volante de



Núm. 2.

guarnecidos de terciopelo negro. Chaquetita ó casaquita á lo Luis XV, medio ajustada y con bolsillos al lado, adornada con cinta negra. Cuello vuelto. Sombrero de paja adornado con una cinta negra. Botinas de piel blanca.

lo mismo: la manga larga y un poco ancha de arriba; por abajo un rizado de la misma tela y un bias estrecho de gro verde; otro bias forma hombrera redonda. Sombrero pastora de paja, adornado con una pluma blanca rizada y lazo con largas caídas de gasa blan-

ca; zapatos de cabritilla negra.

2. Niño de 6 á 7 años. Pantalón ancho y corto de paño céfiro color habana; casaca larga de la misma tela con chaleco figurado por un bias de terciopelo negro, cerrado de alto abajo con botones de terciopelo; manga entrecancha con grandes vueltas de terciopelo; cuello marinero de lienzo blanco; sombrero de paja con cintas de terciopelo negro; medias blancas y habana; botas muy altas de gamuza.

3. Niña de 7 á 8 años. Vestido de foular color de rosa; la falda va adornada por la parte atrás con dos volantes con cabecilla y un rizado por delante; forman delantal ocho cintas de terciopelo negro; cuerpo de escote cuadrado, cinturón de faya con caídas cortas y anchas, camiseta de muselina con gola de encaje y mangas anchas con puño y encaje ancho; sombrero de paja forma pastora, rodeada la copa con un rizado de cinta rosa y á un lado pluma blanca; botitas de satén color de rosa.

4. Niña de 9 á 10 años. Vestido de sedalina azul, adornada la falda con un plegado de la misma tela en el bajo y otro más estrecho sobre un volante ancho y poco plegado; sobre los rizados y el volante una puntilla blanca; un vivo blanco de faya en la parte inferior del volante; cuerpo escotado con aldetas por detrás, rodeadas de un doble vivo blanco y dos botones blancos en el talle; manga muy corta con vuelta hácia arriba, adorna-

nada con puntilla; sombrero de faya blanco pequeño, adornado con bieses y cintas de faya azul y pluma blanca; camiseta de muselina blanca, con manga larga y encajes; botitas de satén de seda azul.

5. Niña de 11 á 12 años. Vestido de foular diagonal color de paja; primera falda adornada con dos volantes ligeramente fruncidos con cabecilla, adornada por ambos lados con una estrecha cinta de terciopelo negro; túnica larga, adornada con puntilla blanca; manga estrecha con vuelta grande, adornada con puntilla; sombrero de paja blanca, adornado con sprit negro y rosas, una pluma blanca y lazos de faya color de rosa; botitas color de paja.

## EL SEÑOR BUENDIA.

En el barrio de... en Madrid, hay una antigua casa, de la que no cito el número ni la calle, por discreción, la cual, aunque no tiene más que cuatro pisos, contiene una infinidad de vecinos, cada uno de los cuales sólo ocupa una pobre habitación.

Todos los habitantes de la susodicha casa son infelices obreros que no cuentan más que con un miserable jornal, no siempre fijo, y expuesto á mil contratiempos.

El portero de la casa á que me

refiero acababa de morir, y el propietario vió llegar á su casa á los | cuyo traje revelaba la miseria, el cual solicitó la portería vacante.



Núm. 3.

1 2 3 4 5 6

pocos dias un anciano de fisonomía inteligente y distinguida, pero | El propietario tomó informes, éstos fueron favorables, y el nue-

vo portero entró en el ejercicio de sus funciones.

Este se llamaba Buendia.

—Nombre de buen agüero, dijeron los vecinos.

Y á fe mia que no se engañaron. Desde el momento en que el señor Buendia entró en la casa, pareció que la bendición de Dios le habia acompañado.

Muchas veces los infelices que vivian en ella se acostaban llorando al pensar si al otro dia tendrian pan para comer, y con gran sorpresa encontraban, al despertar, una carta metida por debajo de la puerta, y dentro de ella una cantidad de dinero de desconocida procedencia.

—En tiempos del otro portero no pasaba esto, decian los vecinos.

Decididamente el Sr. Buendia nos ha traído la suerte. Bendito sea el momento que ocupó la portería.

Y el vecino favorecido bajaba alegremente en busca de provisiones, y al pasar por delante del nuevo portero, no dejaba de decir alegremente:

—Buenos dias, Sr. Buendia.

—Buenos dias, vecino, respondia Buendia con cierta frialdad, pues el nuevo portero, contra lo que generalmente sucede, no era charlatan, y en vano mil veces habian querido hacerle hablar, pues siempre habian sido inútiles todas las tentativas.

Habia en el último piso de la casa una pobre vieja casi ciega é incapaz de trabajar, cuyo hijo, que

era su único apoyo, iba á sacar la suerte de soldado.

La inquietud de la madre y del hijo eran grandes.

El dia del sorteo llegó, y el jóven sacó el número uno.

Aquel dia fué un dia de lamentos y lágrimas.

A la mañana siguiente, el señor Buendia llamó á la puerta de la habitacion de la anciana, y le entregó una carta que, segun decia, habia llevado un demandadero para ella.

La carta no contenia más que la suma necesaria para redimir al jóven, sin que nada indicára quién era el bienhechor.

El fin del mes llegó. El señor Buendia presentó los recibos á los inquilinos, aceptó el dinero de los que podian pagar, y se guardó muy bien de atormentar á los que no pudieron darle nada.

Sin embargo, cuando el propietario se presentó para tomar los alquileres, el portero le entregó el importe de todos.

—¡Cómo! ¿han pagado todos? exclamó estupefacto.

—Sí señor.

—Esta es la primera vez que ocurre esto en mi casa.

—¡Oh! es que yo tengo un carácter muy enérgico, respondió Buendia con satisfaccion.

La noche de aquel dia cerró el portero su cuarto más temprano que lo que tenia por costumbre. Se sentó en un viejo sillón, atizó el fuego con cuidado, y abriendo despues una cartera, sacó de ella

una fotografía con el mismo respeto y veneración que si hubiera sido una reliquia.

El retrato era de una joven.

Parecía tener unos diez y seis años.

Era hermosísima.

El óvalo de su rostro tenía una pureza de líneas incomparable. Su abundante cabellera de color de ébano hacía resaltar más la belleza del rostro.

Sus magníficos ojos revelaban á la vez la inteligencia y el candor, el amor á lo bello, y los más nobles sentimientos.

— ¡Hija mia! exclamó el señor Buendia.

Y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

— ¡Oh hija mia! Tú, que poseías todas las virtudes, ¿estás contenta de mí? He hecho lo que creo que tú hubieras hecho, y espero que me dirás cuando nos veamos en el cielo: — ¡Gracias, padre mio!

Enseguida guardó el retrato cuidadosamente, enjugó sus ojos, y quiso levantarse....

Pero no pudo, y cayó desmayado.

Cuando volvió en sí llevó su mano al corazón, reflexionó un momento, y murmuró:

— Mi hora ha llegado. ¡Gracias, Dios mio! Ya es tiempo de hacer los preparativos.

Después de pronunciar estas palabras sacó del cajón de una mesa un paquete de papeles, sobre el cual se veía escrita la palabra *Testamento*.

Tomó enseguida de él algunos sobres, que tenían puestos los nombres de cada uno de los vecinos, y cogiendo después una luz empezó la distribución.

En el silencio de la noche iba el viejo recorriendo los corredores, y dejando debajo de cada puerta la carta reservada á cada vecino.

Después bajó á su cuarto....

Pero al llegar á la puerta de su habitación le faltaron las fuerzas, y cayó desvanecido.

Allí le encontraron al siguiente día. El Sr. Buendia estaba muerto.

Después de las formalidades de costumbre se abrió el testamento, que sólo contenía lo siguiente:

«Yo soy el Marqués de....; he perdido á mi única hija á la edad de diez y seis años. Ella era mi única heredera. Sólo para ella guardaba mi fortuna. Muerta ella, mi fortuna me era completamente inútil.

»Para que alguno la aprovechase me he hecho portero de esta casa, en la cual sabía yo que no vivían más que personas en lucha siempre con la miseria.

»Todas las noches cuando los vecinos se acostaban, iba á escuchar á sus puertas, y al siguiente día realizaba sus deseos y sus sueños, inspirado por el espíritu de caridad de mi pobre hija.

»Sintiéndome morir, he repartido mi fortuna en la proporción que he creído equitativa para asegurar á todos una existencia tranquila y desahogada.

» Veo llegar mi última hora con

alegría, porque así me reuniré con mi adorada hija.

»Deseo que el retrato de mi hija, que se encontrará en mi cartera, lo coloquen sobre mi pecho cuando me entierren.

»Rogad por mí, que yo rogaré por vosotros.»

Así fué como se conoció al fin quién era la providencia que velaba sobre aquella casa desde la llegada del Sr. Buendía.

E. DANGIN.

### LA RESIGNACION.

Era una noche de las más crudas de invierno; un frío terrible se dejaba sentir aún en medio de las mayores comodidades, y el infeliz que no gozaba de ellas tenía sus miembros ateridos.

En una humilde boardilla se veía un cuadro desgarrador. Una infeliz anciana yacía sobre un viejo jergon, y á la opaca luz de una vela de sebo trabajaba una hermosa jóven, limpiándose de vez en cuando las lágrimas que surcaban sus mejillas. La historia de aquellas desventuradas era bien triste.

Hacia algunos años que al morir el padre de Ascension, que así se llamaba la jóven, las habia dejado una considerable fortuna en metálico y billetes del banco, pero todos les fueron sustraídos de la casa el día en que sacaron el cadáver, y no pudieron conseguir encontrar nada.

No dejaba doña Dolores, que era la madre de Ascension, de tener sospechas sobre quién podría ser el autor del hurto; pero, generosa siempre, no se atrevió á hacer indagacion alguna temiendo una equivocacion.

Entre tanto su salud se fué debilitando de dia en dia con el excesivo trabajo, y no siendo éste suficiente para atender á sus necesidades más perentorias, enfermó gravemente y tuvo que refugiarse en su pobre jergon, muerta de frío y sin tener ni lo más necesario para su sustento.

La pobre Ascension trabajaba de noche y dia para poder socorrer á su madre; pero sus esfuerzos eran inútiles, pues el trabajo de la mujer da muy poco de sí para sacar tanto de él.

Mas en medio de aquella amargura ni una palabra se oía en aquella triste mansion que no fuera alabando á Dios y pidiéndole nuevas fuerzas para soportar los trabajos que las enviaba, y siempre la más santa resignacion se veía en todas sus palabras y pensamientos.

Abandonadas de todos los amigos que ántes las asediaban con sus visitas, buscaban cada vez más á Dios, único consuelo de todo el que padece, pues él nunca abandona al desgraciado.

La noche de que hacemos mencion se hallaba mucho más grave la enferma, y Ascension ansiaba el momento de ver entrar al médico por ver si la prodigaba algun

alivio : por último llamaron con suavidad, abrió la j6ven, y di6 un ahogado grito al ver entrar un caballero que no era el m6dico, y cuyo semblante estaba alterado de una manera atroz.

Doña Dolores, al oir el grito de su hija, volvi6 la cabeza, y al ver al recién venido exclam6: «¡El aqu6!» Y se qued6 petrificada. Ent6nces aquel hombre se postr6 delante de ella, y ahogado por los sollozos, s6lo pudo exclamar: «¡Perdon, sefiora, perdon!»

—Alzad, por favor, caballero, dijo doña Dolores. ¿No quereis siquiera dejarme morir tranquila?

—No, no morir6is, vengo á salvaros; Dios, que ve mi arrepentimiento, me ayudar6.

Tomad, aqu6 os traigo todo el oro y billetes que os rob6: con esta fortuna tendr6is los mejores m6dicos y cuanto necesiteis. ¡Cuánto daño os he causado! No, no puedo esperar vuestro perdon, pues es imposible me le deis.

La pobre anciana lloraba dulcemente, as6 como su tierna hija, y cuando pudo hablar, pues la emoci6n la ten6a embargada la voz, le dijo que le pedia por Dios se levant6ra de aquella postura; la obedeci6, y ent6nces, «Os perdono con toda mi alma, caballero, exclam6; mucho mal me habeis hecho, es verdad, pero sin este incidente quiz6 mi coraz6n hubiera estado m6s empedernido para la piedad.

«Hoy veo que el cielo se apiada de m6 y de mi pobre hija, cuyas

angustias eran las que m6s torturaban mi coraz6n.

»Yo no podr6 disfrutar estos bienes, porque veo mi fin cercano, pero mi hija podr6 ser feliz, pues hoy no habr6 amigos que se los arrebaten, porque, añaadi6 con amargura, no hay ni uno que se acuerde de nuestra soledad.»

Al llegar aqu6 se qued6 tan rendida que no pudo continuar, y el caballero la suplic6 que consintiera en que la viera un m6dico que con 6l habia traído.

Enseguida sali6 á buscarle, y por 6rden de aqu6l se la prodigaron por aquella noche, y como provisionalmente, mil atenciones, traslad6ndola al d6a siguiente á una bonita habitaci6n, donde con un cuidado excesivo y la tierna solicitud de su hija recobr6 la salud por completo.

La feliz Ascension cumpli6 mil promesas que á la V6rgen habia hecho por la salud de su madre, y ambas vivieron felices despues por muchos años.

Quien siempre en sus aflicciones.

Ruega á Dios de coraz6n,

Al fin contempla premiada

Su santa resignaci6n.

### SANTA GENOVEVA.

Hubo una vez una niña tan buena, d6cil, hermosa y amable, que sus padres pensaron que tales cualidades debian consagrarse para la mayor gloria de Dios, y la niña, llamada Genoveva, fu6 destinada á

los siete años al servicio del Señor.

Ninguna joya ostentaba, sino una medalla que San German la habia regalado; medalla bendecida, y que jamas se separó de la virtuosa niña, siendo su talisman en aquellos tiempos de guerras y de conquistas.

Habia nacido en Nanterre, cerca de París, y se ocupaba en llevar á pacer los ganados de su padre á un sitio llamado el Monte Valeriano, y que durante largo tiempo ha sido objeto de piadosas peregrinaciones.

Por aquellos tiempos recorria la Francia Atila, llamado con razon el Terrible, rey de los Hunos, y al acercarse con sus salvajes huestes á París, los habitantes quisieron abandonar la capital.

—No dejéis vuestros hogares, les dijo la inspirada niña; rogad á Dios, y él nos salvará.

Los hijos de Lutecia la creyeron vendida á sus enemigos, y á duras penas consiguió salir ilesa, y entónces, ínterin los moradores de la antigua Lutecia perdian el tiempo en inútiles discusiones, la Santa rezaba é imploraba el socorro del cielo..... Lutecia se habia salvado, y sus hijos, agradecidos, aclamaron desde entónces á Genoveva patrona de París.

La conversion del rey Clovis se debió á los esfuerzos de la Santa, quien vivió venerada y respetada hasta la edad de 86 años.

Con frecuencia se la veia recorriendo con los piés desnudos la ciudad y llevando el pan de la caridad á los pobres y los consuelos

del cristianismo á los desvalidos.

Si, lectores cándidos y sencillos; el ejemplo de santa Genoveva debe ser para vosotros un saludable aviso, pues con la fe y con las virtudes se obtienen el respeto y la consideracion de todos en la tierra y el premio que el Todopoderoso concede á los buenos, llevándolos á disfrutar de la verdadera felicidad en el cielo.

## LA MUÑECA DE VENTURA.

Siete años tenia Venturita, y su gracia y su gentileza, su travesura y su infantil alegría la hacian adorar de sus padres, que como á hija única la mimaban, la acariciaban y condescendian con todos sus caprichos.

Pero Venturita, acostumbrada á obtener cuanto deseaba, no podia dominar la cólera, apénas la contrariaban en lo más mínimo, hasta el punto de que várias veces su cariñosa madre dejaba sin castigo sus defectos por temor de que perdiera la salud.

Largo tiempo hacia que deseaba la comprase una muñeca tan alta como ella; y su madrina, excelente señora, se la habia ofrecido para el dia de su santo.

La niña deliraba y soñaba con aquella fiesta, y la impaciencia la hacia estar triste y taciturna.

Llegó por fin el anhelado dia, y desde por la mañana bajó Venturita al patio de la casa que ocupá-

ba en Sevilla, para ser la primera que recibiese á su muñeca.

¡Oh, júbilo! su madrina se presenta con un criado, quien llevaba en sus brazos la huéspedea, cuya llegada debia ser un acontecimiento.

Venturita pugna por abrir la reja y se impacienta, hasta que una criada acude, y sin abrazar á su madrina, se lanza hácia el criado, le toma la preciosa carga, y rápida como el relámpago, sube la escalera diciendo:

—Mamá, mamá, la muñeca, mira qué bonita, qué alta, qué elegante.

Efectivamente; era una muñeca modelo: gallarda, bien vestida y con la estatura apetecida.

—Me voy al jardín á jugar, añadió la niña.

—Però abrázame, criatura, la dijo su madrina, dame un beso.

—Luégo, luégo.

—Niña, vén aquí, le gritó su madre corriendo tras ella y deteniéndola.

—Que quiero jugar, exclamó la voluntariosa niña.

—Primero has de obedecer, y si no, te quito la muñeca.

Venturita se encolerizó, pateó, chilló, lloró, y tal fué su estado, que su mamá perdió la paciencia y la pegó.

Entónces se arrojó al suelo, se golpeó, y su vestido nuevo quedó inservible, desgarrado y sucio.

Una hora despues, ya más tranquila, bajó al jardín, pero deseando hacer pagar su mal rato, tomó

á la muñeca y la abofeteó; pero cuál no sería su admiracion cuando la muñeca se replegó sobre sí misma, é irguiéndose, se trasformó en una señora bella y majestuosa, cubierta con un largo vestido blanco y en sus cabellos rubios una estrella de plata.

La niña se quedó muda de asombro al ver á su muñeca cambiada en gran señora.

—Ventura, tú eres una criatura encantadora, si no fuera porque la cólera te ciega hasta el extremo de ser malvada: tomé cuerpo en la muñeca para corregirte, porque soy la reina del palacio de los genios, que son compañeros de la infancia. No te digo lo que pienso hacer, pero sí que apénas desobedezcas, patees, grites y atormentes á tus padres ó criados, te encontrarás con el castigo.

Al concluir estas palabras, la hermosa dama desapareció, y en su lugar vió Ventura á su muñeca tendida sobre la hierba.

Asustada corrió á su casa y contó á su familia lo sucedido; pero como no le dieron más importancia que reirse, se incomodó de nuevo contra la muñeca y la arrojó en un rincon; pero sin que sus padres lo notáran la vió tomar su cuerpo y figura, y ella trasformada en muñeca, no podia hablar, ni andar, ni moverse... y lo que más la mortificó fué verse conducida á la sala en brazos de la que habia tomado su forma.

—Venturita, la dijo su mamá, ven á besar á tu madrina, y espe-

ro que otra vez no seas tan mala como esta mañana.

—Con el mayor gusto, contestó la muñeca; si he sido colérica, ya no me volverá á suceder.

Y con el mayor cariño dejó á Juana sobre una silla, y sentándose sobre las rodillas de su madrina, la colmó de caricias.

Durante todo el dia tuvo que sufrir hambre y sed, y en cambio su muñeca saltaba, reía, bailaba y era acariciada por todos: ni aún llorar podia, por más que las lágrimas la ahogasen.

Llegó la noche, y como en el fondo de su corazón ofreciese ser buena si la tornaban en Venturita, vió delante á la hada de por la mañana y se sintió de nuevo con las facultades de andar, reir y hablar.

—Piensa en lo sucedido y corrígete. Dicho esto desapareció, y cuando la niña la buscó, sólo encontró á su muñeca sobre un sillón.

Tenia la mamá de Ventura una preciosa pajarera en donde habia multitud de canarios pequeños, que apenas empezaban á extender sus alas aún sin pluma.

Ventura, á pesar de la prohibición de sus padres, se decidió á sacar uno y abrió la puertecilla de la gran jaula, en donde habia varias divisiones, y resueltamente introdujo el brazo.

Los pajarillos se asustaron y revolotearon piando, pero sin dejarse coger, y Ventura encolerizada tiró su pañuelo enrollado y mató á uno de ellos.

Pero de repente se sintió con alas

y plumas, empezando á volar en derredor de la jaula piando afligida y viendo á su muñeca tomar su forma, cerrar la jaula, para tranquilizar á las atribuladas avecillas.

Venturita oyó la voz de su mamá, que acudia á cuidar á los pájaros, y cuando encontró uno de ellos fuera, la llamó cariñosamente, abrió la portezuela y la dejó encerrada.

¡Qué noche pasó la incorregible niña! Tuvo frío sin poder abrigarse en su cama; sueño sin poder dormir, y luego escuchó los pasos de su muñeca, mejor dicho, de la hada Plata, y cuando ésta la dejó libre y la devolvió su forma, lloró amargamente.

—¿Con que es decir que no te corriges? la dijo severamente.

—No puedo; hago propósito y es imposible contenerme.

—*Todo lo que se quiere se puede*, y si formas intención de ser buena lo serás.

Aquella tarde Venturita fué á paseo á las Delicias, y allí se sentó con su criado, poniéndose á comer un bizcocho, en el momento que pasaba una pobre anciana.

—Una limosnita por el amor de Dios, hermosa niña.

—Él te apapare, pues yo no tengo dinero.

—Un pedacito de ese bizcocho, porque no he comido desde ayer.

—Pues como es tan grande....

—Por el amor de Dios.... tengo hambre.

—También yo; pues no faltaba más,....

—Señorita.....

—Déjame en paz..... gritó Ventura roja de cólera.

—Egoísta, exclamó la anciana, creía que te hubieras corregido ya ; pero como no es así, te voy á dar el mayor castigo : que sepas lo que es mendigar.

Y Ventura se encontró encorvada, vestida con harapos y tendiendo la mano á los transeuntes, y en tanto la hada, con el cuerpo de la niña, se dirigía á su casa.

—Dios mio,—exclamó llorando —yo no sé las calles, ¿qué haré?

Vió venir hacía ella una niña de ocho á diez años, y poniéndose á su paso, la dijo :

—Señorita, por el amor de Dios, una limosna.

—Pobrecilla, no tengo más que dos cuartos, dádiva de mi buena madre para comprar una naranja, pero más falta le hacen á esta infeliz : tome usted.

Ventura derramó llanto de gratitud y de remordimiento.

—Todas son mejores que yo, pensó ; ¿pero en dónde dormiré? ¿qué comeré? ¿me habrá castigado la hada para siempre? ¿Qué desgraciados son los que como los pájaros que viven en la jaula de mi casa, no pueden defenderse si los persiguen, puesto que no pueden salir de allí, y yo los he maltratado !.... ¿y los que tienen que pedir limosna? sin casa, sin pan y sin abrigo..... y yo he tenido la crueldad de negar muchas veces un pedazo de pan, porque me encolerizaba contra ellos.

Aquella noche Ventura durmió en un zaguan, en donde la dejaron por caridad, pero muerta de frío y de necesidad, y ella, tan mimada y agasajada, tuvo que contentarse con una sopa insípida y poco suculenta.

Por la mañana, en vez de su chocolate con tostada de manteca, tuvo por almuerzo un mendrugo de pan, que mojó en agua para que estuviera más tierno. ¡Qué lección! La necesidad amolda el carácter más indómito, ¿por qué, pues, no esforzarnos en amoldarlo, sin más que la fuerza de voluntad y la idea de nuestro deber?

Durante tres dias anduvo errante Ventura, y en la tarde del tercero, sentada en el atrio de la catedral, exclamó :

—Perdóneme usted, consejera mia ; yo ofrezco no volver á encolerizarme, y prometo no hacer daño á nadie y socorrer á los pobres; pero ruego á usted me vuelva á casa de mis padres. Cuando me encuentro sin ellos conozco lo que valen ; Virgen mia, añadió implorando á una imágen que desde la puerta veía, socorredme y juro ser desde hoy buena y humilde.

En aquel momento pasaba una ramilletera, y Ventura se halló convertida en ramo de violetas mientras que ocupaba su sitio en el atrio otra pordiosera.

La ramilletera recorrió varias calles vendiendo sus ramos, y ¡oh fortuna ! nadie eligió aquel en que estaba oculta la niña.

Pronto reconoció una calle y una casa : era la suya.

Su conductora llamó, y ¡oh felicidad! su madre se acercó á la cancela y la compró: á su lado estaba una niña, ella, la muñeca, que tenía su cuerpo y forma.

Agunos minutos despues colocaron el ramo en un florero y.....

Ventura no se acordaba de más: al dia siguiente despertó en brazos de su madre, quien la dijo besándola:

—No te levantas hoy; has tenido calentura y delirio, sin duda por haberte encolerizado ayer como lo hiciste, golpeándote, desgarrándote el vestido y maltratando á tu muñeca: bajaste al jardin y de allí te recogimos con una fiebre abrasadora.

— ¡Ay mamá! exclamó llorando la niña, entónces ha sido un sueño.

—¿El qué, hija mia?

La niña refirió todas sus metamorfosis y aseguró á su mamá que no volveria á causarla disgusto alguno.

— Sí, alma mia; cúmplelo, porque muchas veces en la vida los sueños se tornan realidades, y tus delirios podrian llegar á ser una verdad.

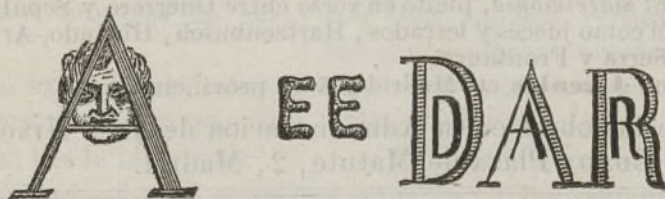
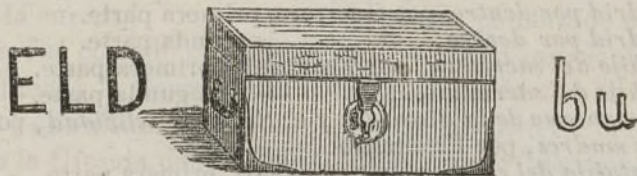
Ventura ha sido desde entónces una niña modelo, y dice que siempre se la figuraba verse convertida en mendiga y perder los dones que pródiga la Providencia la habia concedido.

BARONESA DE WILSON.

*Solucion del geroglífico del número anterior.*

GENIO Y FIGURA HASTA LA SEPULTURA.

GEROGLÍFICO.



(La solucion en el número siguiente.)

## ANUNCIOS.

# LOS NIÑOS.

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO,

DIRIGIDA POR

DON CÁRLOS FRONTAURA,

PREMIADA EN LA EXPOSICION DE VIENA.

Se acaba de publicar el tomo VII con muchas láminas; 24 rs. en Madrid y 30 en provincias.—Los tomos anteriores al mismo precio.

CONSEJOS Á LAS MADRES PARA CRIAR BIEN Á LOS NIÑOS,  
por el sabio Dr. Donné.

Un tomo de 300 páginas, 8 rs. en Madrid y en provincias.

## CUENTOS DE SALON

POR

GUERRERO Y FRONTAURA.

TOMOS PUBLICADOS.

- Tomo 1.<sup>o</sup> *Una perla en el fango*, por Guerrero.  
— 2.<sup>o</sup> *Brigida*, por Frontaura.  
— 3.<sup>o</sup> *La camelia y la mariposa* y una *Historia de lágrimas*, por Guerrero.  
— 4.<sup>o</sup> *La doncella del piso segundo*, por Frontaura.  
— 5.<sup>o</sup> *El vellocino de oro y Fea y pobre*, por Guerrero.  
— 6.<sup>o</sup> *La maldita vanidad*, por Frontaura.  
— 7.<sup>o</sup> *Madrid por dentro*, por Guerrero, primera parte.  
— 8.<sup>o</sup> *Madrid por dentro*, — segunda parte.  
— 9.<sup>o</sup> *El hijo del sacristan*, por Frontaura, primera parte.  
— 10. *El hijo del sacristan*, — segunda parte.  
— 11. *La manzana de la discordia* y el *Sueño de felicidad*, por Guerrero.  
— 12. *Las madres*, por Frontaura.  
— 13. *Anatomia del corazon*, por Guerrero, primera parte.  
— 14. *Anatomia del corazon*, — segunda parte.  
— 15. *El matrimonio*, pleito en verso entre Guerrero y Sepúlveda, entendiéndose en él como jueces y letrados, Hartzenbusch, Hurtado, Arnao, Trueba, Aguilera, Serra y Frontaura.

Cada tomo 4 reales en Madrid y 5 en provincias.

Todas estas obras en la Administracion de Los Niños y de LA PRIMERA EDAD: Plaza de Matute, 2, Madrid.

---

MADRID, 1873.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de ARIBAU y C.<sup>ª</sup>,  
sucesores de RIVADENEYRA.—Calle del Duque de Osuna, núm. 3.